



Federer, en la orilla

Alfonso Nava

El tenista suizo Roger Federer en 2009 durante el ATP World Tour; en 2010 durante el Davidoff Swiss Indoors; en 2010 durante el ATP World Tour; y en 2015 en Wimbledon. (Fotografías: Julian Finney/Getty Images)



“LA BELLEZA NO ES LA META en deportes competitivos, pero las disciplinas de alto nivel son escenario propicio para que se exprese. La relación es igual al coraje durante la guerra”, escribió David Foster Wallace en su ya clásico texto “Federer como experiencia religiosa”, publicado en 2006 en *The New York Times*. Esta clase de belleza y sus valores asociados —coraje, fortaleza, honor—, en el transcurso de la gesta, surgen de la descomposición, del efecto de “la fuerza” sobre los jugadores: Franz Beckenbauer juega con el brazo en cabestrillo durante un partido del Mundial de 1970, Diego “Chico” Corrales noquea a José Luis “Temible” Castillo tras ser derribado dos veces, la mexicana María González se desmaya tras ganar la maratón en los Juegos Panamericanos de Toronto en 2015. Es “la fuerza manejada por los hombres, la fuerza que somete a los hombres, la fuerza ante la cual la carne de los hombres se crispa”, escribe Simone Weil en su análisis del verdadero héroe de la *Iliada*.

Pero el tenis, en su carácter ritual y solemne, parece rechazar el tema de lo degradante y patético en su trama de belleza. Miremos Wimbledon: los participantes deben jugar de blanco por fuerza, no entrar en shorts al court y los espectadores guardar reglas importantes de recato. No hay celebraciones escandalosas, no hay riñas. Existe además la equivocada presunción de que el llamado “deporte blanco” (y en ese alias parece recaer una dosis de subestimación) tiene poca apuesta física y un mínimo despliegue de las pasiones súbitas que otros deportes despiertan. El orden recorre las gradas.

La aparición de un prodigio como Roger Federer, con su juego perfecto, no hace sino acentuar esta presunción. El “reloj suizo”, el “lujo helvético” lo llaman algunos, y el mote refuerza el tema elitista y la excelencia fría, desposeída de lo insólito. Cuando Novak Djokovic, hoy por hoy su archirrival, hace su graciosa imitación de tenistas, la de Federer está impregnada de cabriolas, arabescos de ballarina y la hipérbole se anula: la burla se torna homenaje al sugerir que el estilo de Fed recorre la frontera del arte inaccesible y sublime. El fanático del deporte de contacto desestimaría este despliegue de belleza, pero los obuses disparados a continuación confirmarían el verso de Rilke: “pues lo hermoso no es sino el inicio de lo terrible”.

Fue esa clase de belleza, la monstruosa, la que encontró Foster Wallace en Federer antes de escribir su clásico texto. Pero si no fuera suficiente, ahora el suizo despliega esa otra belleza, la de la descomposición heroica: la derrota.

En *Novela de Ajedrez* de Stefan Zweig hay un pasaje de aterradora claustrofobia: el personaje principal narra que su única forma de sobrevivir al encierro en la cárcel fue repasar mentalmente todas las jugadas que conocía de un libro de ajedrez. En la tiniebla, el personaje forja de una tirada la maestría y el autodesprecio al erigirse como contrincante.

El tenis, de más está decirlo, no es un deporte de contacto, y en ello está una de sus más terribles implicaciones. Es común oír a los expertos decir que quien gana las partidas es el jugador que se equivoca menos, y de allí colegimos que —aunque parezca *slogan*— el verdadero contrincante es uno mismo. Cada tenista está solo en su lado de la cancha y juega contra lo que viene de enfrente, contra una fuerza dada, invisible. Con la vista en la bola y la noción de trabajo sobre el *court*, dudo que —en la inmediatez del intercambio— un tenista pondere que existe un adversario frente a él. Un tiro es adivinado o presentido antes que visto. El jugador se halla solo en un vaivén de alto desgaste físico y sobre todo mental. En esa orilla, el tenista luce como un mimo que construye una prisión personal e invisible: un universo reducido a centímetros. Un encierro.

Saber que el contrincante es uno mismo no es cosa simple. Como lo revela la novela de Zweig, como ocurre en el ajedrez de donde el tenis toma parte de este entramado de autocombate, las derivaciones en un juego intenso, las apuestas emocionales y de razón, pueden ser a menudo autodestructivas. El tenis tiene en su elegancia ese discreto trasfondo suicida.

En su autobiografía, titulada *Open*, publicada en 2009, Andre Agassi hace una confesión cervical: el tenista más popular de la última década del siglo pasado —quien con el estilo más desparpajado (arracada, melena larga, atuendos coloridos, citas con celebridades) parecía gozar más el juego— siempre odió el tenis. En 2005, en su último US Open, Agassi conjuró ese odio.

Con una vida ya distinta, treinta y cinco años de edad, pasado de peso, rapada la melena (en apoyo a su hermana Tami, quien padeció cáncer de mama) y casado con la indiscutible reina del tenis femenino Steffi Graph, Agassi sufrió físicamente cada uno de los encuentros hasta llegar a la final de ese torneo. Casi todos los jugó a cinco *sets* y en muertes súbitas extenuantes, la

mayoría contra oponentes hasta diez años más jóvenes. El estadounidense jugó la semifinal contra su compatriota James Blake y le ganó en cinco conmovedores *sets*, donde no pocas veces paró para recobrar aire e incluso vomitar. La gente se volcó hacia él. La belleza del desgaste estuvo del lado de Agassi.

En la final, sin embargo, Federer triunfó.

O digámoslo distinto: Federer administró los errores y el cansancio de Andre, quien aún así ganó el segundo *set* y forzó un *tie break* en el tercero.

No importa: la magia ya había ocurrido.

Tras ganar el partido contra Blake, Agassi dijo que uno de sus objetivos había sido llevar de nuevo a un estadounidense a la final en el Arthur Ashe. Cumplida esa presencia, Agassi jugó la final pagado de sí mismo. Casi diría que no le importó perder o que incluso lo decidió. La derrota fue igual de conmovedora: era un hombre que parecía renunciar de una vez y para siempre, tras un torneo que libró como viejo titán, a la condena de pelear contra sí mismo y las pelotas que llegan quién sabe de dónde.

Agassi fue el héroe.

Roger Federer, el campeón de ese US Open, era entonces once años menor que Agassi y ya lo había ganado todo, salvo el escurridizo Roland Garros que sólo pudo conseguir hasta 2009, cuando Rafael Nadal —entonces el mejor en arcilla— dejó el torneo por lesión. Pete Sampras, a quien muchos consideran antecesor en el linaje de perfección coreográfica de Federer, apoyó en ese 2005 a su archirrival Agassi, pero al mismo tiempo dijo que el suizo ya era el mejor tenista en la historia. Quizá con eso se quitaba la propia losa de un título que le perteneció indudablemente entre dos siglos.

Ahí otro asunto fue conjurado.

Federer ganaba juegos enteros con aces; su devoción de saques mortales se convirtió en la mejor, sus reverses dibujaban elipses que cambiaban de trayectoria

súbitamente, como el tirabuzón del Toro Valenzuela. Era demasiado joven y ya era demasiado grande. El tenis se volvió, con la matemática de Federer, menos emocionante por un tiempo, el tiempo en que todo lo ganaba con raquetazos que parecían la mano arriba antes del disparo de una fila de cañones.

En 2008 pasó lo inevitable: Novak Djokovic, un muchacho apenas, lo dejó fuera de las semifinales del Australian Open en un juego lleno de azares. Hasta entonces, Federer no era precisamente querido en los *courts* y en ese juego el público estaba con el serbio. Pero la derrota no alegró al estadio: Federer lloró, y para los asistentes quedó claro que algo en el mundo se había roto. Al año siguiente, Federer llegó a la final en Melbourne y lo derrotó Rafael Nadal: lloró de nuevo.

Una extraña racha se inició: Federer jugaba los torneos como titán, en gran condición física y con promedios de efectividad superiores al ochenta por ciento, pero ya no ganaba finales. Lo suyo era jugar para perder en la orilla.

La final de Wimbledon de 2014 tuvo un aspecto inusual. Federer se dio el lujo de no perder un solo *set* a lo largo del torneo y nunca le quebraron el saque. Eso podría ser ordinario en su historial, pero hubo otras rarezas: en al menos tres partidos agasajaba a los espectadores con pases de fantasía (dos cruzados ganadores pegando de espaldas y con la raqueta en medio de las piernas), se mensajeaba discretamente con Michael Jordan —presente en los palcos—, sonreía, estrenaba tiros, etcétera.

Ese mismo año, varias millas hacia el oeste, otro titán jugaba su campaña de retiro con los *Yankees* y las cámaras captaban imágenes inéditas: el viejo capitán hacía bromas a los compañeros en el *dugout*, celebraba todo, sonreía en cada salida al diamante, un gesto nunca visto en un jugador todo disciplina y rigor profesional. El comentarista Ernesto Jerez lo resumió a la perfección: “Ahora sí, Dereck Jeter puede darse el lujo de disfrutar el juego”.

A diferencia del Agassi de 2005, Federer no sufrió cada partido y llegó a la final con la condición física

de un jugador de veinticinco años; ganó en tres *sets* la semifinal, sin dificultad. En Centre Court, el juego fue más mental que físico, a cinco *sets* y con un 4 - 4 en el último, cada tiro olía a muerte súbita. Federer ganó dos de esos cuatro juegos del *set* con puro saque as, blanqueando al serbio e incluso poniéndolo un par de veces en situación de quiebre de servicio. Renunció a poner 5 - 3 encima con un rompimiento en el quinto *set*. La derrota posterior fue inexplicable.

Federer perdió ese 2014 con un ochenta y tres por ciento de efectividad en saque y recepción, muy por encima de su oponente. Luego, también perdería la final de 2015 en Wimbledon tras una semifinal contra Andy Murray que hasta el momento se considera el juego del año. Otra vez fue un torneo de tiros de fantasía, de paso perfecto, de golpes estrenados (en la final del Cincinnati Masters, dejó boquiabierto a Boris Becker, entrenador de Nole, al estrenar una devolución de saque a sobrepique, pegando casi a ras de piso, en un tiro que ralentiza la bola al cruzar la red y aprovecha la desestabilización del oponente tras el saque). Federer pierde finales, pero atraviesa torneos como si no necesitase las copas.

En su ya mencionado y clásico ensayo sobre la *Iliada*, Simone Weil plantea que los momentos de mayor poesía y verdadero aliento épico se dan cuando el hombre reconoce la presencia de “la fuerza” y entiende que, aunque la ejerza, no es su patrimonio. Cuando se somete a ella sabiendo que no hay conclusión, el peligro, la derrota, el sometimiento quedan continuamente suspendidos, en acecho, pues el hombre se ennoblece sólo cuando puede eludir la enorme mentira de la grandeza.

La perfección suiza se mantiene, aunque ya más calada, ya no imbatible como a principios de siglo. La ciencia deportiva puede descifrar los trucos y las potencias de los titanes. Es cursi decirlo, pero lo que ha vuelto el tenis de Roger Federer más irresistible y conmovedor es su coqueteo con la derrota, que en este deporte de autocombate significa también la victoria contra uno mismo. 